Aurea Bibliographica

Un cartonaje profiláctico, donde moraba la revista *Ajoblanco*

Iba el otro día a recoger la diaria ración de banalidades que registra el periódico que leo, cuando, para mi sorpresa absoluta, apareció entre los embalajes que soportan las mil insufribles manufacturas de coleccionables con los que castigan el (¿buen?) gusto de los españoles: camioncitos históricos, miniaturas de miniaturas, plumas pretéritas, cristalofiguras inverosímiles, muñeconas noinchables, soldaditos de plomo (sin plomo); decía (perdón), que entre ellas apareció sorprendentemente un cartonaje profiláctico donde moraba la revista *Ajoblanco*. ¡Renacía por tercera vez el *Ajo* y venía en la plebeya modalidad del fascículo!, amontonado entre el mercadillo de las reproducciones para ilusionistas de un museo calé en el salón; me costó reconocerlo. Con el número en curso, *"Invierno 2004/2005. Núm. 1"*, regalaban el facsímile de los seis primeros, aparecidos entre octubre de 1974 y junio/julio de 1975; el actual había reducido el formato en su nueva aparición –aunque ya hablaremos enseguida de los formatos de la revista–, y el facsímile también. En ambos casos, y por otros motivos que motivan mi *Aurea*, era un *Ajo* venido a menos, que cumplía su treinta aniversario.

Otoño del 74. Convulsa España casi muertaviva. Y aparecen unos labios entreabiertos, por donde asoma una lengua que se los muerde levemente, no pareciendo contener aquello de los *"relámpagos de risas carmesíes"*; es difícil sugerir si sugiere un insulto, una incitación o un desafío. El rostro de aquella provocativa boca era inexistente, estaba perdido en una noche blanca y tenía suplantada la mirada por una rotulación que provocaba al imperialismo; el logo del *Ajo*, obra de un entonces barbudo Quim Monzó, atendía a cocacola y disparaba las papilas hispanas. El impacto visual de la topografía de una portada va a lograr un origen mnemotécnico en aquel número surgido del silencio catalán; el formato se acercaba al de un periódico, intentando presentarse como un inocente hebdomario, queriendo hacerse cotidiano, aparentemente inocente. Quienes nunca habían perdido la esperanza de que eran posibles otras mentalidades, otras quimeras, otras utopías, otras formas de expresarlas, otras revistas —y mi recuerdo amigo también para *El Viejo Topo*, tan encelado en sus túneles al cabo— y otras realidades debajo de la pesada realidad española, recibieron (recibimos) *Ajoblanco* como el apetecido, sorprendente y esperado entrante de un nuevo menú ideológico. Era sencillo desgranar los epítetos con los que se podían adjetivar aquella desafiante revista: contracultural, alternativa, marginal, libertaria, etc.; a todos respondía y a todos daba cabida en sus sorprendentes páginas. Unas cuantas apariciones, hasta el mítico número 10 dedicado a la barroca charanga de las Fallas —que convenientemente secuestrado al instante por la autoridad competente se ha convertido en buscadísima pieza de coleccionista—, bastaron para elevar la revista a los altares de la idolatría antisistema y recolectar al paso una sólida falange de prosélitos, dispuestos a dar (alguno de) sus ideales por el siguiente número del *Ajo*. Los que caímos en aquel hechizo, hemos tenido (no lo siento en absoluto) una vida diferente.

Aquella aventura tenía culpables: José/Pepe Ribas a la cabeza de un colectivo, donde azuzaban: Albert Abril, Ana Castelar, Claudi Montañà, Toni Puig, Pep Rigol y Cesc Serrat; a su vera un conjunto de colaboradores, amigos y cómplices que pusieron los ingredientes para cocinar la indigesta sopa de letras que resultó *Ajoblanco* para los bienpensantes y desprevenidos de la oficialidad hispana. A la mayoría se les puede ver tal y como eran en estos años setenta del final del túnel franco al comienzo del facsímile de los seis primeros números, en una justificada evocación titulada *"Nacimos en el 1974 con inquietud y por necesidad"*, a la que continúan las tres editoriales programáticas de las tres épocas de la revista. Aquel equipo puso en pie, y sostuvo algunos años, una declaración de intenciones, que con sus propias palabras pretendía *"concretar el entusiasmo por una revista que estimulara las nuevas inquietudes que fecundaron estas tierras tras el mayo francés, la contracultura americana, el underground progresivo y el renacido pensamiento libertario..."*. Las deudas eran fáciles de reconocer y estaban latentes en una época convulsa y cambiante, social y culturalmente acelerada, pero alguien tenía que inventar una publicación como aquella, y hasta el año 1980 cincuenta y cinco números sostuvieron la utopía de *"las ideas que incendiaron los setenta"*. Se redujo el formato, entró el color en la presentación editorial, asombraron sus monográficos, sus dosieres y sus famosas guías; por sus páginas entraba sin (apenas) contaminar el plasma de otras realidades bien ajenas a la mojigatería patria, se exploraban otros horizontes que a duras penas se atisbaban desde la naciente democracia y se ofrecían alternativas de pensamiento,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Noticias Bibliográficas. 1/2005.